

*Escritos de crítica religiosa y política*, Erasmo de Rotterdam. Estudio preliminar, traducción y notas de Miguel Ángel Granada, Tecnos, Madrid, 2008.

María Belén CASTAÑÓN MORESCHI

La presente antología nos ofrece la edición de tres escritos en los que se recogen las líneas fundamentales de la crítica erasmiana a la Iglesia y al Estado coetáneo, dejándose entrever la necesidad de una profunda reforma basada en una reconsideración de los valores auténticamente cristianos. Por un lado, nos encontramos con *Julio II excluido del reino de los cielos*, un diálogo anónimo redactado en 1514, un año después de la muerte del Papa Julio II. Por otro lado, se nos ofrecen dos de los adagios a los que Erasmo dedicaría largos comentarios: *Silenos de Alcibiades* y *La guerra es dulce para quienes no la han vivido*. La edición, llevada a cabo por Miguel Ángel Granada, va acompañada de un estudio preliminar que nos sitúa en la vida de Erasmo y la redacción de estos tres textos, así como de un complejo aparato de notas que incluye la aclaración de referencias implícitas en el texto sobre circunstancias históricas concretas y pasajes de distintas obras, en las que se refleja el riguroso conocimiento del humanista de las fuentes clásicas y de la historia de la época.

La traducción de *Julio II excluido del reino de los cielos*, efectuada por Miguel Ángel Granada es la primera al español de dicho diálogo que, no obstante, circulaba en latín en el entorno erasmiano desde su publicación en 1517. Por lo que respecta a la autoría del diálogo, distintos especialistas han coincidido en la atribución a Erasmo, fundamentándola en la observancia de expresiones literales y correspondencias temáticas recurrentes en la obra erasmiana, señaladas en las distintas notas de la presente edición. De este modo, se nos presenta un diálogo que tiene lugar en la puerta del reino de los cielos entre el Papa Julio II, su Genio y San Pedro, y que se inicia con la negativa del apóstol a permitir la entrada al Papa y a la comitiva de soldados mercenarios que le acompañan, y que desemboca en una severa crítica, por boca de San Pedro, sobre la situación de depravación en la que se ve sumida la

cristiandad.

Así, Erasmo da cuenta de la política de un Papa que se jacta de ostentar las dos espadas del poder, temporal y espiritual, y que nos remonta a la polémica doctrina medieval de la *plenitudo potestatis* del Sumo Pontífice, escudada, a su vez, en la presunta herencia dejada por el emperador Constantino al Papa Silvestre I del poder temporal del Imperio Romano de Occidente. En efecto, la supuesta *donatio Constantini* constituía la fuente de legitimación de las distintas políticas mundanas emprendidas por muchos pontífices. Sin embargo, la realidad histórica de dicha doctrina había sido impugnada por los estudios filológicos de Lorenzo Valla en el siglo XV, de los cuales podrían encontrarse ciertos rastros en la obra erasmiana.

Del mismo modo, mediante la ficción de este diálogo se denuncian hechos concretos del gobierno de Julio II, como la evasión de distintos concilios, o también las astutas corruptelas de las que se sirvió para reunir a los príncipes en la Liga de Cambrai o la Liga Santa, a favor de una guerra presuntamente justa, pero en el fondo cruel y, por naturaleza, anticristiana. En resumidas cuentas, se trata de un pontífice que debiendo hacer las veces de Cristo en la tierra y emprender su vida de modo que nada sea censurable en él, no duda en violar pactos o en castigar a sus enemigos con el rayo de la excomunión y el entredicho, o en agraciar a sus aliados con la indulgencia plenaria, con el fin de no ver menoscabado su poder ante el pueblo y para aumentar la hacienda de la Iglesia.

En consecuencia, Erasmo presenta una clara oposición entre, por un lado, la concepción de la Iglesia vigente, totalmente desvirtuada, encarnada en Julio II, que pone todo su empeño en el beneficio de la curia romana, a costa de la manipulación del pueblo mediante variadas estratagemas; y por otro, la propia de los inicios del cristianismo, cuyo núcleo radicaba en la observancia de los preceptos y el cultivo de la fe, donde no se conocía otra espada que la espiritual, y donde el vicario de Cristo actuaba a imagen y semejanza de éste. De este modo, el análisis erasmiano nos permite vislumbrar la gran distancia existente entre apariencia y realidad, esto es, el carácter silénico invertido, no sólo en la persona de Julio II, que pese a ser llamado santísimo, resulta impío a los ojos del verdadero cristiano, sino también en la Iglesia misma, que desborda en riquezas y placeres profanos, pero que es la más miserable en espíritu y doctrina de todos los tiempos.

En lo respectivo a la colección de adagios recogidos por Erasmo, se nos ofrece como una obra abierta que es objeto de distintas modificaciones desde su primera edición de 1500 hasta la última de 1536. Los dos adagios aquí presentados, que en su primera publicación no estaban compuestos más que de un escueto comentario, pasaron a formar parte de una colección de auténticos ensayos políticos y morales basados en proverbios heredados de la Antigüedad. Así, el valor les viene dado, según Erasmo, por su inclusión dentro de la filosofía y porque facilitan la comprensión de los autores clásicos, desempeñando una clara función estética y persuasiva, que hace brillar al discurso y le otorga autoridad, confirmando, además, cómo en la literatura, al igual que ocurre en la naturaleza con los animales diminutos, son a veces las cosas más pequeñas las que encierran más ingenio.

Con *Silenos de Alcibíades*, nos encontramos ante un escrito que fue tempranamente objeto de ediciones separadas en distintos idiomas, uno de ellos el español, adquiriendo la forma de ensayo en la edición de 1515. La traducción aquí presentada es de Bernardo Pérez de Chinchón publicada en Valencia en 1529 y revisada por Miguel Ángel Granada, cuyas notas van orientadas al esclarecimiento de distintos pasajes por medio de traducciones alternativas o el desvelamiento de fragmentos censurados, ignorados o añadidos por el traductor.

Pues bien, dicho proverbio tiene su origen en el pasaje del *Banquete* de Platón en el que Alcibíades elogia a Sócrates estableciendo una comparación entre éste y las figuras con formas de Sileno, que mostrándose con aspecto de burla (como un personaje tañendo una flauta o cosas similares) se podían encontrar en los talleres de escultura, y en las que al abrirse en dos mitades, aparecían bellas estatuas de dioses en su interior. Este adagio, cuyo prestigio como tal es, en gran medida, debido a la labor de Erasmo, se aplicará a aquello que estando revestido de un aspecto poco atractivo esconde en su reconditez toda su excelencia, y, por extensión, al caso invertido, en el que por fuera todo sean bellos ornamentos, pero se encuentre en su interior toda su malicia, de modo que sólo a los ojos dispuestos a trascender las apariencias se les revelará la verdadera realidad.

Así pues, Erasmo interpretará la realidad religiosa y política contemporánea bajo el prisma silénico, tanto auténtico como invertido, de modo que Cristo y su filosofía son la viva muestra de que es la naturaleza de las cosas buenas albergar su

excelencia en el interior, y mantenerla alejada de sentirse y, por tanto, más cercana a la divinidad. Y es en este contexto en el que ha de interpretarse la locura de la cruz como la verdadera sabiduría en contraste con aquella erudición mundana que, presentándose como genuina, resulta, a los ojos de Dios, verdadera estulticia.

Por lo que respecta a la relación antagónica entre apariencia y realidad, Erasmo encara de forma radical la situación religiosa y política de su tiempo con su crítica, alimentándola con la recusación de distintos argumentos que pretenden avalar, bajo falsos nombres, el ejercicio despótico de los monarcas, el poder temporal de la Iglesia o ciertas formas de vivir del todo corrompidas, poniendo, en fin, de manifiesto la profunda subversión de los valores cristianos, en cuanto que la praxis religiosa vigente ha acabado por convertirse en la antítesis de la verdadera religión al negarse a sí misma.

Finalmente, nos encontramos con el texto *La guerra es dulce para quienes no la han vivido*, redactado en su mayor parte en 1515 y traducido por Miguel Ángel Granada, en el que el alcance del adagio se extiende a todas las cosas que traen consigo muchos males y peligros; mas el tema central del comentario será el sentido literal del proverbio, esto es, la perenne actualidad de la guerra como núcleo de la crítica mediante la cual Erasmo asume la situación de hostilidad generalizada que afecta a Europa en el siglo XVI. De este modo, el humanista desapruueba con rotundidad la guerra poniendo de relevancia la degeneración en la que se ve sumido un ser que ha sido creado por Dios, dotado con la razón para diferenciarle de las bestias provistas con la fuerza, y cuya existencia ha de estar orientada a la paz y la amistad. Degeneración, en efecto, pues este hombre se dedica a la destrucción recíproca por vacuos motivos rechazando la religión, desobedeciendo la ley, estando dispuesto a cometer cualquier crimen y poniendo a su servicio el ingenio para la construcción de armas, sin percatarse de que contra quien está perpetrando la guerra es el mismo Cristo. Por consiguiente, frente a la guerra terrenal nos encontramos con la guerra del cristiano, en la que se lucha contra los vicios y pecados para vivir según el espíritu y los mandatos divinos, o sea, el cristianismo como religión de paz. Así pues, se pretende hacer patente el sinsentido de la situación de guerra continua entre los cristianos, que son los mismos que se precian de ser miembros de un mismo cuerpo, a saber, la Iglesia, con una cabeza común que es Cristo, y que, sin embargo,

no vacilan a la hora de vulnerar los preceptos de inocencia, caridad y paciencia que constituyen el verdadero legado de Jesucristo.

Asimismo, Erasmo lleva a cabo un análisis del proceso mediante el cual se ha llegado a esa coyuntura, y partiendo de la convicción de que fue gradualmente como la guerra irrumpió bajo la apariencia del bien, es decir, como sileno invertido, se centra en considerar las motivaciones y consecuencias de la guerra y el papel de la costumbre como fuente de legitimación, reparando en las características de los conflictos en las distintas fases históricas hasta llegar a la degeneración brutal de la actualidad. Además, se ocupa de impugnar aquellos argumentos que intentan justificar una empresa tan indigna como la guerra mediante el nombre de guerra santa y la tergiversación de pasajes evangélicos, considerando, a su vez, la negativa influencia que supuso el influjo del derecho romano en el canónico y el profundo declive en el que se encuentra la cristiandad debido al intento de conciliación entre autores paganos y la santa doctrina, criticando directamente la excesiva identificación entre filosofía aristotélica y religión cristiana heredada de la escolástica.

En definitiva, la edición de estos tres escritos nos ofrece una excelente ocasión para introducirnos, desde su ácido y atractivo estilo, y sobre todo gracias a esta primera traducción a nuestra lengua del diálogo *Julio II excluido del reino de los cielos*, a la crítica moral y política de la sociedad del siglo XVI, así como al estudio de las circunstancias que la motivaron.